

EL DIÁLOGO CIENCIA-FE EN LA ACTUALIDAD¹

Prof. Andrés Torres Queiruga

Aula de Teología
Santander, 24 de Febrero de 2009

El tema de esta tarde es de mucha actualidad, ahora y siempre, aunque yo creo que, si vamos al fondo de la cuestión, no tiene tanta importancia como se le da. Sí la tiene públicamente, puesto que suscita discusiones, etc., pero a veces tengo la impresión de que, con la mayor parte de estas discusiones sobre ciencia y fe, ocurre como cuando miramos al cielo y vemos una estrella, vemos su luz... y no caemos en la cuenta de que posiblemente lleva millones de años ya apagada, aunque nosotros la estemos viendo hoy. Quiero decir con esto que, al igual que ocurre con el fenómeno de la estrella, ésta discusión está realmente solucionada hace mucho tiempo. Sin embargo, creo que conviene aclarar todo esto; por ello, tomando los principales puntos del esquema, intentaré arrojar luz sobre unos cuantos aspectos fundamentales.

1. Un conflicto inevitable

El conflicto ciencia-religión se produjo a causa de un gran cambio cultural. La humanidad vive en la historia, nuestra cultura evoluciona, y siempre ha habido una cierta tensión; pero el conflicto como tal, es un conflicto moderno, porque se sitúa en una de las mayores rupturas culturales que ha padecido —o gozado— la humanidad en toda su historia.

Karl Jaspers habla de varios cortes: el descubrimiento del fuego, el paso del paleolítico al neolítico, lo que él llama “el tiempo eje”, allá por el siglo VI a.C. y la modernidad, es decir, se trata de un cambio radical. De hecho, cualquiera que estudie se dará cuenta de que, sea cual sea la asignatura que tenga delante, a partir del siglo XVII, XVIII y XIX, ha cambiado totalmente sus planteamientos; lo mismo podríamos decir, por ejemplo de los cambios que se han producido en la medicina y en los tratamientos médicos...

Este cambio fue tan grande en el mundo científico, que lógicamente tenía que producirse un choque con la religión. Es cierto que a Galileo no se le oponían sólo los Cardenales de Roma², sino también, y tanto o más, los científicos de la Universidad y sus colegas, porque lo que él proponía era nuevo respecto de la astronomía, de la física, etc., y rompía todos los esquemas de la ciencia heredada.

¹ El texto es transcripción de una conferencia, gracias a la generosidad y excelente trabajo del P. J. Luis R. Capillas. El estilo oral deja sus inevitables marcas y conviene que el lector o la lectora lo tengan en cuenta. Para una mayor precisión, entre otros trabajos que he publicado al respecto, puede verse el cap. 5 de mi libro *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Sal Terrae, Santander 2000, 170-207.

² Aunque muchos dicen que a Galileo lo mataron, no es cierto; ni siquiera estuvo propiamente en la cárcel, aunque sí recluido en su casa. De hecho, le respetaron bastante, aunque también hay que reconocer que, como buen científico, era un tanto desafiante; pero, en el fondo, tenía razón.

Sin embargo, el choque con la religión fue más fuerte por dos motivos: el primero porque, en aquel tiempo, la Iglesia tenía mucha autoridad y, como siempre ocurre, no quería perderla. Y el segundo, por la antigüedad de la religión. La cual tiene sus ventajas y sus desventajas. Por una parte, el hecho de que el cristianismo tenga dos mil años de historia -tres mil si contamos el Antiguo Testamento- supone una enorme riqueza de experiencias, tradiciones y conceptos.

Pero al mismo tiempo, y como consecuencia de esa antigüedad, la mayor parte de sus grandes conceptos teológicos fueron elaborados, en los siglos V y VI - S. Agustín, y S. Juan Damasceno, en Oriente- y en el XIII -Santo Tomás-, es decir, prácticamente todos, antes de la revolución de la modernidad, cuya llegada cambió todos los parámetros en la ciencia y en la filosofía.

Lógicamente el choque era inevitable, y se ve muy claro con Galileo: Los cardenales de Roma tenían la obligación de condenarlo mientras no cambiase la manera de interpretar la religión, porque ellos leían, como todo el mundo entonces, la Biblia al pie de la letra; pensaban que era un libro dictado por Dios a los escritores sagrados, una especie de amanuenses... Y si Dios había dictado en el libro de Josué -y en algún salmo- que el sol giraba alrededor de la tierra, cuando Galileo decía lo contrario, los cardenales tenían que condenarlo porque, entre Galileo y Dios, lógicamente tenían que darle la razón a Dios. Se produce así un claro choque de paradigmas, pues Galileo lee de una manera nueva, desde la ciencia, esos mismos fenómenos de los que hablaba la Escritura acerca del sol, la tierra, la luna... y se crea un gran conflicto.

En el fondo Galileo da ya la solución, y además no se la inventa. Él cae en la cuenta de que no están hablando de lo mismo. Lo dice en una frase famosa: *La Biblia no dice cómo va el cielo, sino que dice cómo se va al cielo*; es decir, la Biblia no habla de Astronomía, sino que habla de religión, de experiencia religiosa; por tanto, si hablan de dos cosas distintas, la ciencia y la Biblia no tendrían por qué tropezar. Lo curioso de esa frase es que no es suya, sino de un Cardenal, al cual cita Galileo: *Como dice el Cardenal Baronio...* Por lo tanto, un Cardenal de la Santa Madre Iglesia empezaba ya a darse cuenta de que la Biblia no hablaba de Astronomía; y Baronio a su vez, citaba nada menos que a San Agustín... Es decir, en el fondo de la tradición estaba ya la conciencia de que algo iba mal; incluso el Cardenal Bellarmino -un hombre muy inteligente al que estuvieron a punto de condenar por otras causas- escribe en una carta a un amigo suyo: *Si lo que dice Galileo se demuestra que es verdad, tendremos que cambiar nuestra manera de leer la Biblia.*

Precisamente la clave estaba en que la tradición había transmitido un modo de entender la Revelación como un “dictado divino” que había que tomar al pie de la letra; por eso tropezaron con Galileo. Por desgracia, no se aprendió la lección, porque en el siglo XIX tropezarán también con Darwin; y en la actualidad todavía hay personas que están tropezando con la física moderna y con la biología. Estamos celebrando el año de Darwin y en algunas escuelas de Norteamérica -y no sólo allí- se entabla esa discusión entre *creacionismo* y *evolucionismo* que, como decía antes, a mí me parece realmente la luz de una estrella muerta, es decir, una discusión que pertenece al pasado.

¿Cómo es posible seguir hablando en nuestros días de conflicto entre *creacionismo* y *evolucionismo*? Sucede porque todavía hay gente que sigue interpretando la Biblia en los parámetros antiguos, como un libro dictado por Dios a los hagiógrafos: un libro que hay que tomar al pie de la letra y, por tanto, un libro que habla de todo, de Astronomía, de Biología, etc.

Por ejemplo, al leer en una de las narraciones del Génesis (Gen, 2,7-8 y 21-23) que Dios creó al hombre de un muñeco de barro, que le sopló en la nariz aliento de vida y que creó a la mujer de una costilla de Adán..., si se interpreta al pie de la letra, se da por hecho que la Biblia habla de Biología, y por tanto no se puede hacer caso a Darwin. Sin embargo, ésa es una lectura absurda de la Biblia; quien la lee así, no se da cuenta de que la Biblia no está hablando de Biología, ni del origen físico del hombre, sino que está diciendo que nosotros, en el nivel de lenguaje religioso, en la manera de comprender nuestra relación con Dios, creemos que estamos en el mundo no por una casualidad ciega, sino porque Dios *nos ha querido*. Cada uno de nosotros puede decir: “si yo existo, es porque Dios, en su amor infinito, ha querido compartir su alegría, su felicidad y su ser, y ha creado un mundo, y en este mundo me ha creado a mí... nos ha creado a nosotros” Ahora bien, esta es una afirmación religiosa que no habla para nada de *cómo* nos creó en el sentido biológico.

En el Génesis hay también otra narración de la creación que es muy distinta de la que acabo de comentar: *Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó* (Gn. 1,26-27). Vemos así que ni siquiera la misma Biblia se toma a sí misma a la letra.

Insisto. La narración de Gn. 2 dice que Dios, después de crear los astros, el día, la noche, las plantas, los animales... crea al hombre de barro, le sopla su aliento... Es una manera de decirnos que la persona humana, el hombre y la mujer, somos algo especial en el mundo, que estamos aquí porque Dios nos buscaba, nos quería y por eso nos creó de una manera especial, con cariño... Pero esto hay que interpretarlo así a nivel religioso, no científico. Si queremos saber cómo aparecimos nosotros, tenemos que consultar los libros de Biología, lo mismo que si queremos saber cómo ha aparecido el sistema solar tenemos que consultar los libros de Astronomía, porque, cuando la Biblia nos dice que Dios creó primero la luz y luego los astros, está empleando un lenguaje simbólico para decirnos que todo sale de Dios y, por tanto –repito una vez más– no tenemos que entenderla al pie de la letra.

Hay una famosa anécdota que quizás conozcáis, de Urbain Leverrier³, al que Napoleón recibió y felicitó por su magnífica obra, *El sistema del mundo*; pero al despedirse le planteó su extrañeza porque en su obra, muy larga, con muchas páginas, no hablaba de Dios para nada. Leverrier le contestó: “Sire, es que yo no

³ Astrónomo francés del siglo XIX, que estudió diversas cuestiones relativas a la mecánica celeste y demostró de forma concluyente la estabilidad del sistema solar, si bien posteriormente se ha avanzado mucho más en este sentido.

necesito esa hipótesis”. Leverrier tenía razón, porque un astrónomo, en cuanto tal, no tiene por qué hablar de Dios; y de hecho, si vais a cualquier facultad de Física o de Astronomía, en sus libros se habla de fuerzas, de sistemas, de Big Bang... pero no se habla de Dios, porque están hablando en otra clave, en clave científica, y no en clave religiosa.

Todo esto demuestra que el choque era históricamente inevitable, pero que actualmente no tiene por qué producirse.

2. La Biblia no habla de ciencia

Con las ciencias sucedió, igual que con la filosofía: todo comenzó unido y luego, según va avanzando la cultura humana, se van diferenciando los distintos aspectos y aparecen nuevas ciencias que no tienen por qué tropezar ni con la filosofía ni las unas con las otras.

De hecho, estamos hablando de religión, pero también es un gran problema en el campo de la filosofía, porque los grandes filósofos, Descartes, Hegel, Schelling, y otros como Leibniz, que inventó el sistema infinitesimal, eran grandes científicos; sin embargo, hoy no hay ningún filósofo que pueda abarcar todas las ciencias. Por eso hay quien cree que la filosofía no tiene nada que decir en el mundo, igual que otros lo piensan de la teología.

Es necesario no invadir el campo de los demás. El gran “pecado” de la Iglesia en este punto fue que, al leer la Biblia a la letra, sacaba consecuencias científicas y por tanto, al hablar Darwin de la evolución, creían que se oponía a la Biblia. Hoy sabemos que del Génesis no se puede sacar ninguna consecuencia en Biología, como tampoco del libro de Josué y los salmos se pueden sacar consecuencias en Astronomía...

La Biblia ni siquiera es, en definitiva, un libro de moral; puede decirnos que debemos ser morales, igual que los padres tienen derecho a decir a sus hijos que deben ser buenos, comportarse bien y ser honrados. Pero las normas de la honradez y del comportamiento no las dictan el padre, la madre, o la Biblia, sino que son normas de la filosofía ética, moral, etc. A este propósito he escrito un trabajo donde digo que “no existe una moral religiosa, sino un modo religioso de vivir la moral”. Dios quiere que seamos buenos, pero para decirnos cómo tenemos que ser buenos, hay una “ciencia” que se llama Ética o Moral. Y ante las distintas situaciones –por ejemplo, el tema de la clonación- tendremos que preguntarnos ¿qué consecuencias tienen las nuevas prácticas para la vida humana? Si son buenas, es lo que quiere Dios... Si son malas, Dios no lo quiere... Lo difícil es averiguar lo que es verdadera y auténticamente bueno para nosotros, porque entonces podemos estar seguros de que eso es lo que quiere Dios. Pero de ordinario se enfoca la cuestión al revés.

Lo que quiero decir es que, desde la teología no podemos invadir el campo de las Ciencias; si se habla de evolución, si se habla de astronomía, si se habla de medicina, hay que ver lo que dice la Ciencia y alegrarse de todos los

descubrimientos. Como teólogos y como creyentes no tenemos autoridad para dictaminar en esos temas. Yo me alegro de verdad cada vez que hay un descubrimiento y un avance en la Ciencia, porque para mí es un avance en la creación divina y la creación debemos prolongarla nosotros: somos las manos mundanas de Dios.

3. La ciencia no habla de religión

También es preciso decir que actualmente la “invasión” más bien sucede al revés; están apareciendo una serie de libros ateos-*El espejismo de Dios*, de Richard Dawkins, por ejemplo- que da pena leerlos; de enorme prepotencia intelectual, pero que a nivel filosófico y teológico son auténticas filfas. Por tanto, hoy, los que tendrían que aprender esta lección son muchos de esos científicos que desde la ciencia sacan conclusiones en la religión e incluso en la filosofía. Están haciendo con la religión exactamente lo mismo que en su tiempo hizo la religión con la ciencia.

Para entender esto, a mí me gusta poner un ejemplo que, además, es muy bonito: *El gato de Schrödinger*, un experimento imaginario, no real.

Schrödinger propone que supongamos un sistema formado por una caja cerrada y opaca –nosotros no vemos lo que hay dentro- que contiene un gato, un veneno de eficacia instantánea y una sustancia radiactiva. El dispositivo es tal que, si se produce una desintegración atómica, se libera el veneno y el gato muere. Por el principio de incertidumbre, es imposible que la física pueda decir cuándo se va a producir una desintegración, pero sabemos que en el momento en que se produzca el veneno matará automáticamente al gatito. Como la caja está cerrada y no vemos lo que pasa dentro, es imposible decir si se ha producido o no la radiación atómica... En consecuencia, “científicamente”, el gato no está ni vivo ni muerto, o está vivo y muerto al mismo tiempo...

Recuerdo una discusión sobre este tema, en Santiago de Compostela, con un amigo, profesor de física. En principio, le dije que aceptabas sus afirmaciones, siempre que las mantuviese limitadas a su “juego de lenguaje” científico, hablando en cuanto físico. Pero él sostenía que eso era también válido en la realidad, que se podía afirmar en el lenguaje ordinario o filosófico, porque, *también en la realidad*, el gato dentro de la caja podía estar vivo y muerto al mismo tiempo o ni una cosa ni otra...

Lo que sucedía es que él estaba absolutizando su lenguaje físico y sacando consecuencias fuera de su campo. Porque es cierto que *para sus cálculos*, el gato puede estar ni vivo ni muerto o las dos cosas a la vez; debido al principio de incertidumbre, para sus cálculos tendrá que poner una “x” sin determinar.

Para que se entienda mejor, vale otro ejemplo: un día que estaba pensando esto, escuché en la radio que una viuda se quejaba porque no le pagaban la pensión de viudedad porque no había aparecido el cadáver de su marido. La razón era clara:

“jurídicamente”, no estaba ni vivo ni muerto; pero en la realidad todos sabemos que tenía que estar o vivo o muerto.

Con todo esto quiero decir que, lo que vale en un lenguaje no tiene por qué valer en el otro. Actualmente, como la Ciencia tiene tanto prestigio, muchos científicos tienden a creer que su manera de hablar vale para todos. Ayer por ejemplo, aparecían en El País dos artículos sobre este tema, uno de los cuales era de un simplismo escalofriante; ¿cómo se puede escribir un artículo serio con ínfulas filosóficas, diciendo auténticas bobadas por esta confusión de niveles lingüísticos?

Al decir todo esto, claro está, no estoy hablando contra la ciencia, sino contra un falso imperialismo de la Ciencia. Alguien me contó que Ortega decía, con mucha razón y su pizca de gracia, que “Einstein sabía tanta física que, de vez en cuando, se podía permitir decir alguna tontería en filosofía”. Posiblemente Einstein podría decir que “Ortega sabía tanta filosofía que, de vez en cuando, se podía permitir decir alguna tontería en la ciencia”. Un premio Nobel de Física, por ejemplo, no puede, por el mero hecho de serlo —a no ser que estudie Filosofía o Teología- hablar con autoridad en estos campos.

4. Creacionismo y evolucionismo: un falso conflicto

Ser conscientes de esto resulta hoy decisivo, tanto para hablar de ciencia como para hablar de religión. Teniéndolo en cuenta, como he aclarado antes, no tiene por qué haber conflicto alguno entre *creación* y *evolución*.

Personalmente, hablando desde la teología, la idea fundamental sobre la que construyo mi discurso y desde la que intento interpretarlo todo, es la de “creación por amor”; es decir, existimos porque Dios ha querido darnos el ser con todo cariño; nos ha creado con amor y únicamente pensando en nuestro bien.

Ahora bien, si me preguntan si soy evolucionista o no..., empiezo reconociendo que no soy competente en el tema; pero que a mí, hoy por hoy, gracias a las razones que me dan los científicos, la evolución me parece una verdad incontrovertible. Más aún, creo que ni los filósofos ni los teólogos hemos aprendido todavía todo lo que podemos aprender de la evolución para hacer ciertas aplicaciones. No estoy hablando de sacar conclusiones directas en el orden teológico, pero sí de tenerla en cuenta a la hora de interpretar la realidad, porque, indudablemente, una concepción evolutiva del mundo nos ayuda a comprender muchas cosas. Estoy escribiendo un libro sobre el tema del mal y creo que la mejor manera de captar de modo intuitivo por qué existe el mal en el mundo es justamente el proceso evolutivo, que necesariamente produce mal, aunque desde la fe y con otra lógica esperemos que, en la Gloria, Dios nos liberará de él.

Como teólogo, no sólo no tropiezo con la evolución, sino que, por el contrario, me parece uno de los grandes descubrimientos modernos. Incluso, ante el tópico de que “la evolución humilla a la humanidad, porque dice que descendemos del mono...”, opino creo que, muy al contrario, la evolución es la mayor proclamación de la dignidad humana. Ella muestra que, bien pensado, “la

humanidad es la flor del proceso evolutivo”. Como hecho, esto es innegable, sea cuales sean las cosmovisiones en que luego se lo envuelva.

Es curioso que, cuando explico esto en clase, muchos alumnos, trabajados por el ateísmo, creen que estoy haciendo propaganda religiosa. Insisto entonces en que no es así, porque, sin sacar ninguna consecuencia en el nivel religioso, eso aparece con sólo observar el proceso cosmogónico y evolutivo: desde el Big Bang, un caos cósmico, se van formando los sistemas planetarios y, dentro de ellos, el planeta Tierra; cuando finalmente aparece la vida y esa vida va avanzando y haciéndose más compleja, en el último tramo que nosotros conozcamos de todo el Universo –aunque haya otros Planetas que no conocemos- la persona humana *es* la culminación de todo el proceso evolutivo.

Somos, repito, la flor de la evolución, somos la inteligencia del universo, la libertad del universo... como decían los idealistas: *el universo está pensando en nosotros*; y creo que eso es lo más maravilloso que hay. Como los tópicos se extienden, se dice que, debido a la evolución, el hombre no sale directamente de las manos de Dios; sin embargo sí salimos de las manos de Dios, pero a través de un largo proceso evolutivo, igual que el niño nace de los padres pero a través de una larga gestación... Y eso, repito, me parece precioso.

5. Aplicación: ateísmo y nueva visión de Dios

No cabe negar que para muchos el ateísmo -que, curiosamente, es un fenómeno moderno- salió del nacimiento de la Ciencia moderna. Y se comprende, porque, como los conceptos teológicos venían de muy antiguo y la manera de hablar de Dios estaba expresada en conceptos premodernos dentro de una cosmovisión en que la religión lo abarcaba todo: al aparecer la Ciencia moderna, nos encontramos con que muchas y muy importantes cosas que antes se creían “explicar” desde la religión ahora se explican realmente por la ciencia. Por lo tanto, como *para eso* Dios no hace falta, nace la impresión de que cuanto más avanza la ciencia, más retrocede Dios... y que al final acabará desapareciendo.

Se creía que la Biblia explicaba el origen del Cosmos y de la humanidad, y ahora lo hacen la Astronomía y la Biología; antes la religión explicaba las enfermedades atribuyéndolas al demonio, y hoy lo explica la Medicina; antes la moral eran los mandamientos, y ahora viene de la Ética... Si, manteniendo esa mentalidad, seguimos pensando que la religión explica todo, y resulta que lo hacen las Ciencias, la religión desaparece, no sirve...

En realidad, eso es lo que les pasa a muchas personas. Yo tengo alumnos que en su casa no han escuchado hablar de Dios ni lo han necesitado para nada, porque saben que para los problemas económicos están la Facultad de Economía y los economistas; para los de salud, la de Medicina y los médicos; si hay pobres, interviene la Sociología o la Política...

Si los creyentes seguimos empeñados en interpretar la religión según el concepto de “Dios interviniendo en todo”, estamos haciendo ateos. Ahora bien, si

sabemos situar con justeza dónde está Dios, dónde tenemos que encontrarlo, es decir, en ese fundamento creador que nos hace ser y nos promueve a través de las leyes físicas, de las leyes psicológicas, a través de nuestra libertad... todo cambia. Por eso me gusta tanto la idea de “creación por amor”. En sentido integral. En lo físico, sé que mi sangre está circulando porque Dios me crea de tal modo que me ha dotado de leyes que hacen que mi sangre circule sin que yo me preocupe, sin hacer “milagros”, sino sosteniendo y capacitando mi ser para que mi sangre circule, igual que está sosteniendo al universo para que, a través de sus leyes, y no de agentes sobrenaturales, esté funcionando. Y con razón puedo darle gracias a Dios por todos ello; todos podemos hacerlo.

Más importante es todavía en lo personal. La libertad es otra parte de nuestro ser: la que nos hace capaces de obrar moralmente. Si vamos por un camino y vemos un herido –recordad la parábola del samaritano–, Dios, a través de nuestro modo de ser, de nuestra sensibilidad, nos llama a ayudarlo. Por eso cada persona, a través de su libertad, puede hacer caso a Dios ayudando al herido, o no hacer caso a Dios, dejándole que se desangre. Esa es la única lógica posible de la creación, justamente porque es la del amor y el respeto. El mundo debe realizarse a través de sus leyes físicas, igual que la libertad a través de las propias.

El mundo no puede funcionar a base de milagros. Cada vez estoy más convencido de que el milagro es una terrible fuente de ateísmo. No puedo entrar ahora en explicaciones. Pero si los milagros fuesen posibles, entonces el amor de Dios ni sería infinito ni incondicional: a unos sí y a otros no; a cuenta gotas, siendo tantas las necesidades y tan terribles los sufrimientos. El problema del mal sería, como muchos pretenden, “la roca del ateísmo”. No. Dios nos está creando continuamente, volcado con amor incondicional sobre cada hombre y cada mujer; nos está apoyando con todo su amor, para que, a través de nuestras leyes y a través de nuestra libertad, prolonguemos su creación y, en lo posible, vayamos luchando contra el mal, inevitable en una creación finita.

Se ve intuitivamente en la parábola del samaritano. El sacerdote no hace caso a Dios, y deja desangrarse al herido; el escriba no hace caso a Dios, y el herido sigue desangrándose; si no hubiera pasado el samaritano, que es el que hace caso a Dios y atiende al herido, éste hubiera muerto. No porque Dios estuviese pasivo o indiferente. Dios, a través del corazón y la libertad, llamó a los tres: al sacerdote, al escriba y al samaritano. Estaba presente y activo en los tres, su acción creadora estaba constituyéndolos y sosteniéndolos, de manera que, a través de lo más auténtico de su ser, los estaba llamando a colaborar con Él, a prolongar su creación.

Me gustaría aclarar bien esto, porque es muy importante, es definitivo. Si los creyentes no logramos situar así a Dios, y vivirlo así cada día en nuestra oración, en nuestra vida, estaremos poniendo a Dios donde no está, y acabaremos tratando de “convencerlo” para que sea bueno, pidiéndole que “escuche y tenga piedad” para que los niños de África no mueran de hambre... con lo cual —sin pretenderlo— estaremos echándole la culpa de esa terrible realidad, cuando lo cierto es que es Él quien a través de nuestra conciencia y nuestros sentimientos nos está llamando a

nosotros que, escuchando su llamada y colaborando con Él, hagamos lo posible para que eso no ocurra.

6. La contingencia del mundo desde la visión científica

Indudablemente la humanidad pasa por etapas en lo que se refiere al problema de la existencia de Dios. El ateísmo es un fenómeno moderno porque, como hemos visto, el cambio de la cultura y el no esforzarnos por encontrar los verdaderos modos y lugares donde tenemos que descubrir a Dios, a muchos los ha llevado al ateísmo. Pero también es verdad que si todo ello lo enfocamos bien, puede ser una nueva oportunidad para comprender la existencia de Dios.

A los antiguos les resultaba relativamente fácil creer en la existencia de Dios; quizás hubo algunos individuos ateos, pero no estamos seguros de ello; y, en todo caso, el ateísmo no existía como fenómeno cultural. Para los antiguos, como decía Tales de Mileto y repitió el mismo Platón, el mundo estaba “lleno de dioses”. La evidencia de lo divino era normal; en todos los fenómenos veían o podían ver la presencia de lo divino.

Y había otro aspecto importante: para un antiguo el mundo era eterno. Y además sólo la tierra era mutable, imperfecta y corruptible: era el lugar de la muerte, de la corrupción, de las irregularidades, de los accidentes... Pero a partir de la luna todo era distinto: celestial y perfecto. Cuando Galileo afirmó con su pequeño catalejo que en la luna había montañas y valles, escandalizó más todavía a los profesores y a los Cardenales que cuando afirmó que la tierra giraba alrededor del sol. La luna tenía que ser una esfera perfecta, impoluta, sin una arruga, sin un movimiento que no fuera circular y perfecto. Y de ahí para arriba, todo era cada vez de carácter más perfecto y divino.

En esas circunstancias, afirmar la *contingencia* del mundo, porque la descubrimos en la tierra y sobre todo en nosotros, en la humanidad, y apoyar sobre ella el descubrimiento de Dios como su fundamento trascendente, podría no resultar tan fácil. Alguien podría responder contingencia de la tierra y de la humanidad, sí; pero que eso no tendría por qué valer para la luna y para todo lo supralunar, que era eterno, perfecto y circular...

No me toméis a la letra. Lo que quiero decir que, en esta perspectiva, las cosas han cambiado. Hoy nadie puede pensar así: sabemos que la última estrella, por lejana que esté, está hecha del mismo material que nosotros, y el universo, por viejo que sea, tiene fecha de nacimiento, igual que cualquier niño. La contingencia afecta —o al menos es pensable que afecte— al universo igual que a la tierra y que a nosotros.

Cualquiera de los aquí presentes, existimos, pero podíamos no haber estado. Recuerdo que de pequeño me asombraba muchas veces pensando esto: existía pero podía no existir; si, en vez de nacer yo, hubiera nacido un hermanito mío... Cuando alguien sobrevive a un accidente, *siente* que sigue viviendo, pero que podía estar muerto. Y, estando hechos de la misma materia que el universo, nada impide

pensar que con él puede suceder lo mismo: existe, pero podría no existir... En el fondo, éste es el gran argumento que la humanidad —cada tiempo a su manera, naturalmente— ha experimentado siempre para descubrir la existencia de Dios. No digo que se explicitara el razonamiento con tanto detalle; pero creo que la humanidad siempre tuvo la sensación de que, igual que nosotros existimos, aunque no podamos autofundar nuestra existencia, eso mismo le ocurre al universo.

Decir que en este sentido concreto es más fácil entender esto hoy que en la antigüedad, no quiere decir ni que sea evidente ni, menos, que todos tengan que aceptarlo. Se trata de mostrar la hondura y la nueva viveza de la pregunta. De hecho, se ha convertido en la gran pregunta metafísica de la modernidad: ¿por qué hay algo y no más bien la nada? No cabe negar su fuerza de sugestión, de sugerencia filosófica. Realmente se puede decir que somos muchos los que creemos que aquí reside un poderoso motivo para justificar intelectualmente la existencia de Dios. De hecho, Hegel, el gran filósofo, decía que “hay mil argumentos de la existencia de Dios y uno sólo: que lo finito, lo contingente no da razón de sí, sino que “tiene su verdad en lo Infinito”. Luego vienen, claro está, otras muchas razones. Aquí interesaba mostrar cómo la Ciencia, que puede ser una fuente de ateísmo, puede también, si se razona bien, convertirse en luz para descubrir mejor que antes la contingencia y encontrar así a Dios.

Repito, no estoy diciendo que la Ciencia demuestre a Dios, sino que la manera como nos permite ver el mundo puede ser la plataforma desde la cual una persona enfrentada al misterio del mundo, puede descubrir de un modo nuevo la existencia de Dios. Tan tontería es decir que la Ciencia actual *demuestra* la no existencia de Dios, como afirmar que la demuestra. Pero interesa mostrar que la visión científica del mundo no hace necesariamente hoy más difícil, y que, incluso, en el fondo, puede hacer más fácil —no quiero decir que siempre ni para todos— descubrir la existencia de Dios.

Una observación. En ocasiones me dicen que como yo creo en Dios, acepto este argumento; mi respuesta es que creo en Dios, precisamente porque acepto este argumento. Entiéndase. Es indudablemente que lo normal es que, de entrada, casi todos los que tenemos fe la hemos recibido por herencia, y a lo largo de la vida no faltan momentos en que se nos cuestiona y nos asalta la duda: ¿y si no hubiera nada? Precisamente en esos momentos es preciso examinar si los fundamentos en que se apoya son suficientes para dar una coherencia lógica a mi fe en la existencia de Dios.

Es preciso insistir en que no se trata de aceptar que el mundo puede manifestar la presencia de Dios como su fundamento trascendente porque tenemos fe, sino al revés: si en la consideración profunda filosófica del mundo vemos que no nos resulta últimamente comprensible, si no es porque tiene un fundamento trascendente, entonces tenemos fe o, acaso mejor: accedemos a una convicción crítica de nuestra fe. Respecto a esto hay mucha confusión; parece que los creyentes decimos que el mundo muestra a Dios, porque creemos en Él. Y no es así; no lo es para una fe crítica y responsable. Y lo cierto es que incluso, en el fondo, la humanidad —a la que ningún ángel ha venido a decirle que Dios existe—,

ha descubierto que existe Dios, porque se lo indica su experiencia del mundo. Un mundo que, en su insuficiencia constitutiva y también en su gloria y en sus promesas, de alguna manera nos está hablando de Dios.

7. El problema de la finalidad

También se habla hoy mucho del problema de *la finalidad en el mundo*. ¿Hay finalidad en el mundo o todo es mero fruto del “azar y la necesidad”? Un tema muy difícil. Los mismos Hume y Kant decían que, entre los argumentos *a posteriori*, el de finalidad era el que más convincente les parecía, aunque no lo consideraban concluyente. Kant no se atrevía a decir que la finalidad fuera algo objetivo en el mundo, sino puesto por nosotros; incluso llega a decir que, a lo sumo, y por el argumento cosmológico, se podía llegar a un arquitecto del mundo, pero no a Dios. Dicho con todo respeto: a veces también los genios se “duermen” un poco... Comprendo que la contingencia del mundo pueda llevar o no a descubrir un fundamento trascendente; pero, si lo hace, no puede llevar a un ser limitado, en definitiva él mismo mundo. Si lleva, lleva a un fundamento infinito.

Amor Ruibal, que en esto era muy fino, dice que aquí no puede hablarse de una finalidad externa; si la concebimos, tiene que estar ya inscrita en la misma realidad, y ponía un ejemplo: Aunque yo tuviera millones y millones de piezas metálicas, por mucho que las combinase, nunca saldría un reloj, si antes la constitución misma de las piezas no estaba de algún modo dirigida al reloj.

Entonces ¿en el mundo hay finalidad? Incluso científicos que admiten la existencia de Dios piensan que el mundo se explica de modo adecuado por la causalidad eficiente de la evolución. Y es cierto que, en cuanto análisis científico de los mecanismos, tal vez pueda prescindir de la finalidad (aunque el mismo Kant indica que subjetivamente se cuenta con ella): se analizan los mecanismos, se relaciona una célula con otra, aparecen determinadas adecuaciones a la circunstancia, se produce una transformación y se va avanzando... Es, *a ese nivel*, una explicación correcta y verdadera. Pero ¿es total?

Me explico mediante un ejemplo. Imaginaos que hubiera en Japón una fábrica de coches totalmente automática, sin personal humano de ningún tipo; y que a esa fábrica llegara un “marciano” muy inteligente. Observaría que por una puerta entraban metales en bruto y que por otra salía, por ejemplo, un Toyota. Si era un gran científico, el marciano podría encontrar una explicación inmediata: tal máquina automática, tal mecanismo percutor, tal proceso de soldadura, toda una cadena de montaje en que un proceso sucede al anterior y condiciona al siguiente... Podría, sin duda, explicar todo el proceso por “causalidad eficiente”, desde que entró el material por una parte hasta que salió un Toyota por la otra.

Ahora bien, ¿este marciano quedaría totalmente satisfecho con esta explicación o más bien —sobre todo si era al menos un poco filósofo— se preguntaría por qué el proceso sucede así, por qué las causas eficientes proceden de tal modo que, entrando el metal por un sitio, no sale por el otro un motón de chatarra sin orden ni concierto, sino un coche perfectamente equipado?

Lógicamente, tiene que haber ahí dentro un proyecto, una inteligencia que de algún modo haya construido a los agentes de tal manera que lleven inscrita en sí mismos una finalidad que lo condicione todo para que al final puedan salir coches.

Me cuesta comprender, por ejemplo, como desde la física actual se puede decir al mismo tiempo que todo sale de la explosión inconmensurable del Big-Bang y que el resultado final sea el ojo de un mamífero o la sonrisa de un niño. Lo que sale normalmente de una explosión es un caos. ¿Cómo es posible que, si no hay un *logos* interno, de ese gigantesco caos inicial salga el cosmos y aparezca la vida? No deja de ser significativo que, desde los comienzos de la cultura aparezca en todas partes la idea de un orden fundamental: *logos* griego, *palabra* bíblica, *maat* egipcia, *rita* indio...

Quede claro que no estoy negando el derecho del científico a buscar cómo se han reaccionado e interactuado los átomos, las moléculas o las células: es su trabajo. Pero el filósofo, y a su modo el ser humano en su conciencia integral, se pregunta es ¿por qué esos elementos están hechos, *son*, de tal manera que reaccionan así y no producen puro caos?

Creo que la explicación más coherente es que, en el modo de ser, es decir, en la raíz fundante de esta realidad, tiene que haber un proyecto para que ésta, *por sus leyes* –eso es lo que estudia el científico–, al final produzca vida y no caos. Claro pienso igualmente que esto no es una demostración evidente sin más, y por eso comprendo que a unos les convenza y a otros no.

8. Revelación real, pero sin milagro

Normalmente partimos de unos conceptos establecidos y discutimos sin ponerlos en cuestión. Por eso es precisa la crítica. Por ambas partes. Si los científicos extrapolan indebidamente su racionalidad, llevarán a negar la creación. Si los creyentes siguen leyendo la revelación como un “dictado de Dios”, acabarán oponiéndose al evolucionismo. *Metábasis eis allo génos*, decía Aristóteles. Mezclar perspectivas y confundir métodos y paradigmas, debemos decir hoy.

De ahí la importancia decisiva de repensar *el concepto de revelación*. Entendida a la letra y en plan de inspiración milagrosa, la Biblia sería un absurdo, un caos. Basta pensar en que, por ejemplo, en algunos pasajes nos dice que “Dios” mandó a los israelitas entrar en una ciudad y matar a todos, guerreros, enfermos, ancianos, mujeres, niños... y que en otros afirma que “Dios” castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación... Pero, ya a su modo en el Antiguo y con toda claridad en el Nuevo Testamento, se nos acaba diciendo que debemos amar incluso a los enemigos y se nos asegura que Dios es perdón incondicional.

Bien entendida, aparece en cambio como un proceso maravilloso por el que Dios en su “lucha amorosa” con nuestras limitaciones y nuestras resistencias, logra ir haciéndonos “caer en la cuenta” de su verdadero ser y de su intención, únicamente de amor y salvación. La revelación es un avance difícil, lleno de

reviravuelas y autocorrecciones, porque viene a través de la creación, el único camino posible. Si Dios la sustenta y la habita, si está presente siempre en nuestra vida, eso quiere decir que Dios nos está habitando y orientando, que nos está creando con este modo concreto de ser, con estas determinadas cualidades... Es su modo de estarnos hablando, los lugares donde podemos descubrir su presencia y leer su intención. La revelación, entonces, consiste en el descubrimiento que hacemos de lo que Dios nos está diciendo a través de nuestro modo de ser y del ser del mundo.

Un ejemplo. La Biblia dice que Oseas, un gran profeta, fuerte pero sentimental, se enamoró de una prostituta –probablemente, una hieródula, una prostituta sagrada-, se casó con ella y tuvo un hijo; al poco tiempo, esta mujer se escapó; pero Oseas, a pesar de su situación, se dio cuenta de que la seguía queriendo, la volvió a llamar y la trajo de nuevo a su casa; vuelven a tener un hijo y vuelve a escaparse; la escena se repite. Entonces a Oseas se le enciende una luz: cae en la cuenta de que si él, con su pequeño corazón humano, sigue queriendo a esa mujer y, a pesar de su prostitución y su traición, la ama y la perdona., eso mismo es lo que le pasa a Dios con nosotros. Pone, entonces, en su boca aquellas palabras, según Von Rad las más grandes en este sentido: *¿Cómo voy a castigarte Israel, cómo voy a hacerte daño, Efraín? Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas, porque yo soy Dios y no hombre, el santo en medio de ti y no enemigo devastador.* (Os 11,8-9).

No es, pues, que Oseas recibiera este mensaje por un “dictado” divino; si él comprende que Dios tiene un corazón mucho más grande que el suyo y que nos perdonará y buscará siempre, es porque realmente Dios se lo está diciendo a través de su corazón (que es así porque Dios lo ha creado y lo quiere así), no por medio de un milagro, de un dictado... Por eso, en definitiva, Oseas descubre el primero lo que Dios nos estaba diciendo a todos desde la creación del mundo. Y por eso, cuando nos lo cuenta, también nosotros lo podemos ver y comprender por nosotros mismos: claro que Dios tiene que ser mejor que nosotros y que si nosotros comprendemos que perdonar es mejor que hacer daño, es porque Dios de amor infinito es perdón infinito... Al final los samaritanos le dicen a su paisana: hemos venido porque tú nos has llamado; pero ahora ya lo hemos visto y escuchado nosotros mismos.

Podrían ponerse más ejemplos para ver cómo se va haciendo la revelación, cómo se fue construyendo la Biblia, y cómo tenemos que descubrir nosotros a Dios en este mundo. No se necesitan milagros y, sin embargo, la revelación es *real*. Podemos decir con toda verdad que es Él quien se nos manifiesta y revela, porque estamos habitados por un Dios vivo, que, habiéndonos creado y “formado” con todo cariño, está vitalizando nuestra realidad y toda la realidad. Al descubrir esto, estamos captando realmente su presencia, lo que él nos está diciendo a través de nuestro ser, del ser de la historia y del ser del mundo. Por eso podemos ser perfectamente modernos, perfectamente críticos, perfectamente científicos –los que lo sean- y perfectamente creyentes. Esto último nunca lo seremos del todo pero, al menos, podemos intentarlo.

DIALOGO

P.- *Ciencia y religión, ¿son dos caras de una misma moneda? ¿Habría una tercera disciplina o perspectiva que mediase y acercase a las dos?*

R.- Como ya he dicho, al hablar de religión tenemos que situarnos siempre en la perspectiva de saber que nosotros nos estamos recibiendo de Dios. Santo Tomás y otros ya decían que la creación no supone que Dios nos haya creado *in illo tempore* y después nos haya dejado abandonados, sino que la creación supone que Dios nos está creando continuamente, sosteniéndonos en el ser. Tenemos que pensar que, si nosotros y el mundo somos como somos, es porque Dios, con toda su intención y con todo su amor, nos hace así para que podamos ir avanzando y realizándonos lo mejor posible. La vida humana nos está diciendo que hemos de lograr que nuestro ser vaya encontrando los modos auténticos hacia donde nos está impulsando lo profundo y lo auténtico de la creación.

Si estoy haciendo ciencia, tendré que estudiar esa realidad que Dios está creando así y tendré que analizar sus leyes para ver por qué se mueven los astros o por qué una célula funciona de ese modo... Cuando se trata de relaciones humanas, por ejemplo, cómo debo portarme con mi prójimo, entonces tendré que ver qué me dice la autenticidad de mi ser... Volviendo a la parábola del buen samaritano, ¿qué le dice su ser auténtico a una persona que ve a otra sufriendo, pasando hambre, herida? Si yo comprendo que mi ser auténtico me dice que debo preocuparme por aquel que tiene necesidad, que está sufriendo, descubro que Dios me está llamando, *a través de mi ser*, a ocuparme de él. Si realmente creo en Dios, mi actitud tiene que ser la de acoger esta llamada a la compasión, a la ayuda, a la instrucción, etc., y debo seguirla aunque me cueste o no me guste en este momento.

Lo que quiero decir con todo esto es que no debemos fomentar la mentalidad del milagro, pedirle a Dios que haga un milagro en esas situaciones..., porque Dios nos crea para que seamos sus manos, Dios nos crea para que, entre todos, hagamos lo posible para la realización del mundo.

No podemos mantener una mentalidad precientífica, pensando que Dios hace milagros o buscar explicaciones científicas en la Biblia; si se trata de un problema científico, automáticamente tengo que saber que la Biblia no me habla de ciencia, sino de cómo relacionarme con Dios y con los demás a estos niveles de profundidad.

P.- *¿Dios nos ha creado defectuosos?*

R.- Ése es el gran *problema del mal*. Por ejemplo, si traes un hijo al mundo y eres una madre muy posesiva y no le dejas hacer nada porque se puede lastimar, porque se puede enfriar, porque se puede... matas al hijo. Al tener un hijo sabes que la mejor manera de quererlo es dejarle ser él mismo: que, de acuerdo con las leyes de su ser, se vaya realizando; eso sí, apoyándole e iluminándole con todo amor para que él vaya realizando su vida.

Dios nos crea, pero nos crea seres finitos, distintos de Él (no hay otra posibilidad) y nos crea para que nosotros *nos* realicemos. Si Dios me crea vivo, mi vida tengo que vivirla yo, no la puede vivir Él; si no, no me creaba. Si Dios me crea libre y está conmigo con todo su amor, impulsándome hacia el bien, cuando paso al lado del camino y veo a aquel herido, yo puedo decirle, como el sacerdote o el levita, que no quiero hacerlo, y él no me obliga, porque me ha creado libre y tiene que respetar mi libertad; de otro modo se estaría contradiciendo a sí mismo. Dios crea el mundo y lo apoya con todo su amor para que se realice a través de sus leyes, y las leyes del mundo son finitas, y en lo finito no siempre puede haber ajuste.

Comentaba antes que yo estoy aquí muy contento, pero llevo una temporada ocupadísimo y me encantaría también estar en Santiago de Compostela, haciendo lo que tengo allí pendiente, pero no puedo... Entiéndase: no es que Dios no pueda, es mi ser el que es limitado, y, por ser limitado, no puede estar aquí y allí al mismo tiempo... Lo único que podemos postular es que Dios nos está apoyando para que nosotros hagamos lo posible por realizarnos, pero eso tenemos que acogerlo con nuestras leyes.

P. *¿No será el miedo a la nada, a desaparecer después de la muerte, lo que ha llevado al hombre a inventarse un Dios antropomórfico que satisfaga las necesidades humanas?*

R.- El gran problema que tenemos todos, y que siempre va a estar presente, es que somos humanos, tenemos una inteligencia humana y, por tanto, podemos acertar y podemos equivocarnos. Karl Rahner, un gran teólogo, decía que no podemos evitar esta sospecha, pero hay que analizarla a fondo. Personalmente, después de darle muchas vueltas a esto, veo que no soy capaz de comprender el mundo si no hay un fundamento trascendente; sé que me puedo equivocar, en principio; pero, realmente, veo que existo y podía no existir, que el universo está hecho de mi misma materia y, por lo tanto podía no existir, y sin embargo existe; y que la humanidad ha tenido, desde siempre, la intuición de que tiene que haber un fundamento trascendente, que es lo que determina la explicación última de que existamos pudiendo no existir.

José Antonio Marina me decía un día, a modo de ejemplo (lo ha escrito en más de una ocasión), que era como ver la misma vidriera de la catedral, el que está dentro ve un dibujo perfecto, pero el que está fuera no lo ve. Yo le decía que no lo veía así: los dos estamos dentro, viendo la misma vidriera; lo que ocurre es que, al mirar la vidriera yo descubro allí una escena y, por la razón que sea, él no la descubre... José Antonio Marina y yo, que tenemos muy buena relación, estamos viendo los dos el mismo mundo y cada vez lo vemos de modo más parecido, pero no es fácil interpretarlo igual. La mente humana es muy pequeña: lo que tenemos que hacer es analizar, escuchar mucho, dialogar...

¿Qué explicación o interpretación se ajusta más a la realidad? Si el ateo me dice que el mundo no le dice nada, tengo que respetarlo, y lo hago cada día; pero yo, realmente no soy capaz de comprender el mundo, si no hay un fundamento

transcendente. Y no sólo este aspecto fundamental. En realidad, toda la vida gira alrededor de esto.

Se ve cómo la vivencia ética, el ansia de inmortalidad, toda la historia del mundo, se va conjuntando; como decía el Cardenal Newman, existe una “convergencia de probabilidades”, en que razones acaso muy diversas y asiladamente no siempre demostrativas, resultan convincentes porque apuntan en la misma dirección, hacia el único centro que les da coherencia. Ahora bien, cuando alguien dice que no lo ve, tengo que respetarlo, porque esa es nuestra finitud. Creo que Dios existe y es infinito, pero nosotros somos finitos.

P.- *El Papa ha dicho hace poco que cambiar de sexo es ir contra Dios. Yo creo que la transexualidad no es un problema teológico sino biológico, que se estudia en la sexualidad humana.*

R.- Pienso que, en este momento, la Iglesia tiene ahí un problema urgente. La verdad es que con muchos teólogos opino -aunque sé que no todos están de acuerdo - que las *normas* de la moral no son inmediatamente religiosas. Creo que, en principio, una persona creyente y una persona atea, si quieren ser honestas, no tienen por qué tener distintas normas morales, porque la moral es encontrar aquellas pautas de conducta que nos hacen más humanos. No se trata de que no debamos mentir porque Dios lo mande, sino que Dios no quiere que mintamos, porque mentir nos hace daño. El problema de la moral, por tanto, es averiguar qué es lo que nos hace bien y qué es lo que nos hace mal.

En el problema de la transexualidad, como en tantos otros problemas, lo que tenemos que examinar *como humanos, no como religiosos*, es qué es lo que nos hace más humanos. Si una persona tiene ese problema, hay que preguntarse –prescindiendo de Dios en ese momento- qué es mejor para ella y para la sociedad en que vive, ¿operarse o no? ¿Qué le diría una persona que la quiera mucho, que la conozca y que sepa las consecuencias? Y una vez que averigüemos qué es lo mejor para esa persona, no tengo la más mínima duda en decir que *eso* es lo que quiere Dios.

El gran problema que tenemos en la moral, es justamente el de averiguar qué es bueno, *de verdad*, para las personas, y tengo la impresión de que una parte de la Iglesia oficial, en este momento, no ha dejado el hábito de creer que las soluciones morales están ya hechas y que ya las conoce. Las soluciones a los problemas nuevos hay que irlos buscando; no están en la Biblia, ni se deben buscar en ella porque la Biblia no es un libro de moral, sino de religión: no dicta las normas, sino que anima y ayuda a seguirlas (aunque, naturalmente, da por supuesta la verdad de muchas, como ocurre en los Mandamientos, que, por lo demás tienen distintas redacciones y no se escribieron sin influjo de las otras religiones y culturas del entorno). Lo que tenemos que averiguar, repito, es qué es bueno para las personas.

Ya Santo Tomás de Aquino decía que lo bueno, no es bueno porque lo manda Dios, sino que lo manda Dios –lo quiere Dios- porque es bueno. El problema está en averiguar qué es bueno. Por eso insisto en que no hay una moral religiosa, sino una manera religiosa de vivir la moral. La persona creyente vive la

moral como hijo o hija de Dios; pero la norma moral tiene que ser para toda persona como tal; si quiere ser honesta, claro está.

La Iglesia tendría que ser más cauta en este punto, y ante problemas nuevos, estudiar entre todos para ver qué se puede descubrir; a veces no lo sabremos con certeza y sólo podremos decir, en cada momento, lo que nos parece mejor para la humanidad. Eso será entonces lo que quiere Dios y, si después, a la vista de las consecuencias, vemos que era mejor otra cosa, descubriremos que eso nuevo era lo que de verdad quiere Dios; no al revés.

P.- *El monismo-dualismo, ¿es un problema pre-moderno?*

R.- Yo creo que sí, aunque también reconozco que, para mí, el problema filosófico más difícil es justamente éste: ¿qué significan cuerpo y alma? Sin embargo, hoy por hoy, lo que no me cabe la menor duda es de que nosotros venimos de la evolución; como decía antes, somos la flor de todo el proceso evolutivo.

A veces da pena leer determinados artículos como los que aludí antes, que afirman que Dios es un producto de la Biología. Y, en concreto, que la ética es un producto de los mecanismos biológicos o incluso químicos... En parte sí, ciertamente, porque todo viene desde la Biología. Cuando se dice que el amor depende de la química, es cierto; pero la pregunta es: ¿el amor *se reduce* a la química? ¿El amor que una madre tiene a su hijo es *pura* química? Con todo respeto, eso es una tontería, porque, sin negar que somos *también* producto de reacciones químicas, es indudable que, entre una piedra y una planta hay novedad; la planta tiene vida y la piedra no, y las dos vienen de la evolución, cada una ha aparecido en un momento determinado de la misma. La persona humana viene también por evolución; pero, una vez que aparece, con ella aparece algo nuevo, irreductible a lo anterior: la capacidad de amor desinteresado, de ser libre, de pensar... Esto es algo nuevo en toda la creación y no se puede reducir a la química, aunque esté apoyado en ella.

La persona humana tiene una vida de tipo vegetativo, como una planta, una vida sensitiva, como un animal y *además* una vida exclusivamente humana que ni el animal ni la planta tienen; esto es lo propio humano. Siempre lo nuevo es muy difícil de definir y por eso la persona humana es una pregunta continua; cada vez que hacemos filosofía, cada vez que hacemos religión, cada vez que estamos dialogando, estamos ejerciendo algo que sólo los humanos podemos hacer.

Recuerdo un foro en que estábamos discutiendo, también con mi amigo Ignacio Sotelo, el tema de los hombres y los monos... Entonces dije, “mira, estoy seguro de que ahí al lado no hay un grupo de monos discutiendo estos temas; eso es algo que sólo podemos hacer los humanos. Con la humanidad ha aparecido algo nuevo, irreductible al mono, aunque haya muchas cosas que tengamos en común con ellos. Toda la creación es una comunidad en la que van apareciendo cosas nuevas. Es la idea tan hermosa y fecunda de *emergencia*, cuando se la toma en toda su seriedad.

Más aún, cuando hablamos del mundo, hablando desde una perspectiva filosóficamente última, todos los seres estamos en un mismo nivel, aunque acabo de decir que, en una perspectiva penúltima o antepenúltima, haya niveles diversos: la persona está en un nivel distinto del animal, el animal distinto de la planta, la planta de la piedra... pero todo esto está dentro de un proceso unido y coherente. Cuando hablamos de Dios, estamos hablando del fundamento de todo eso. Zubiri decía que “Dios es perpendicular, ortogonal, a la realidad”. Quería decir que aquí ya no estamos hablando de alguien que está dentro del proceso evolutivo del mundo; Dios está, en otro plano, presente a todo el proceso, pero “perpendicular”, sosteniéndolo a todo él. Por eso ahí no podemos hablar, sin más, de dualismo, porque Dios y el mundo no son dos cosas, aunque hablemos de dos realidades.

Ya el Cardenal Nicolás de Cusa y el Maestro Eckhart decían que “Dios es distinto en cuanto no distinto”. En un lápiz hay cosas en las que yo no tengo nada que ver; en mí no hay nada en lo que Dios no tenga nada que ver, porque todo yo salgo de Dios. Por eso, la idea de creación no la podemos sintetizar, nos desborda. Ya los medievales decían que Dios más el mundo no es más que Dios. Y, sin embargo, somos distintos de Dios.

Pero esto no es dualismo. La relación creador-creatura es algo especialísimo. Algo de eso entendemos, cuando vemos la relación del amor o la relación mía con mis ideas; cuando creo mis ideas hay una dualidad, porque estoy pensando, pero no es una dualidad como de dos cosas. Dos personas que se quieren mucho dicen que son lo mismo, pero no son lo mismo... Se trata de meros ejemplos, de aproximaciones lejanas.

Todo lo que tengo ha salido de Dios, pero Dios ha creado algo distinto de sí. Y ahí, aunque podamos hablar de dualismo, no se trata del dualismo de espíritu materia; es otra cosa. Mucho más no sé decir...